

40 La caza del asesino

carían simultáneamente, y matarían a Lincoln, a Johnson y a Seward. Armado con un revólver y un cuchillo, la misión de George Atzerodt era asesinar al vicepresidente en su residencia en el Hotel Kirkwood. «Debes matar a Johnson», le dijo Booth. Powell, también armado con un revólver y un cuchillo, mataría al secretario de Estado mientras dormía en su mansión. David Herold acompañaría a Powell, le guiaría hasta la casa de Seward y luego conduciría al asesino, que no conocía bien la ciudad, en su huida para salir de Washington. Booth reclamó para sí mismo el premio principal. Se colaría en el Teatro Ford y asesinaría al presidente durante la representación de la obra. Powell y Herold, los dos sirvientes más leales de Booth, se mostraron de acuerdo con el plan. Atzerodt se dio cuenta que Powell «tenía una mirada de loco». Atzerodt protestó ante su misión. Se negaba a hacerlo, dijo. «Entonces», le contestó Booth, «lo haremos nosotros solos, pero ¿qué va a ser de ti?» El secuestro era una cosa y el asesinato otra muy distinta. Booth le amenazó, haciéndole ver que más valía que lo hiciera porque, de lo contrario, de todas formas se vería implicado en la trama y le colgarían por ello. El actor le dijo que «si no lo hacía, sufriría por ello» y le aseguró que le volaría la cabeza si se negaba. El alemán no lo sabía, pero Booth les había implicado a todos varias horas antes cuando había entregado la carta sellada a John Matthews. En su carta al *National Intelligencer*, no sólo justificaba el triple asesinato, sino que, en las firmas de la carta, daba los nombres de sus cómplices:

Durante mucho tiempo he dedicado mis energías, tiempo y dinero a conseguir cierto fin. No lo he logrado. Ha llegado el momento en que debo cambiar mis planes. Muchos me criticarán por lo que voy a hacer, pero la posteridad, estoy seguro, me justificará. Hombres que aman a su patria más que al oro y a la vida.

JOHN W. BOOTH, PAYNE, HEROLD, ATZERODT

Las reticencias de Atzerodt ponían en peligro toda la empresa. Si alertaba a las autoridades al finalizar aquella reunión, Booth, Powell y Herold estarían acabados. Los marcados para la muerte se rodearían de guardias y se daría caza a los conspiradores. «Será mejor que traigas tu caballo y me acompañes», le sugirió Booth. Con eso se dio por finalizada la reunión.

En la Mansión del Ejecutivo, los Lincoln iban retrasados. Ya eran más de las 20.00 y todavía no se habían subido a su coche. Cuando el telón se levantó en el Ford, el cochero, Francis Burke, y el ayuda de cámara, Charles Forbes, seguían esperando en el carruaje. El paseo en coche que habían dado los Lincoln

esa tarde había frustrado a varios políticos que querían ver al presidente y que aprovechaban ahora para reunirse con él.

En las horas anteriores Lincoln se deleitaba por haberse librado de aquellas reuniones y de todas las obligaciones de su cargo. Fue uno de los días más felices de su vida. Durante el desayuno, Robert, su hijo mayor, regaló los oídos de sus padres con sus observaciones personales sobre la rendición de Lee. Lincoln se sentía más optimista que durante ningún otro momento de su presidencia. Esperaba más buenas noticias del general Sherman referentes a la prevista rendición del ejército del general confederado Joe Johnston.

Pero primero quería ir a pasear con Mary. Había concertado la cita dos días antes, cuando le envió una nota «escrita desde su oficina [...]; unas pocas líneas, tiernas y juguetonas, notificando la hora y el día en que *él* me iba a llevar de paseo en carruaje». La guerra había aumentado la distancia entre el matrimonio. El Washington oficial, muy influido por el Sur, la había considerado desde el principio una intrusa y una recién llegada del oeste, a pesar de que procedía de una familia aristocrática que poseía esclavos. Llevaba consternada por el dolor desde la muerte del hijo favorito del matrimonio —William Wallace Lincoln, «Willie», de 11 años— en febrero de 1862, y había caído bajo el influjo de médiums y espiritistas, que realizaban sesiones de espiritismo en la Casa Blanca. El presidente, que se burlaba de su fascinación por el mundo de los espíritus, asistió en una ocasión a una de sus veladas sobrenaturales. Bastó con eso para que un editor de música se lanzara a publicar una partitura paródica titulada «Polka de la oscura sesión de espiritismo», en cuya cubierta se veía una sesión de espiritismo en la Mansión del Ejecutivo en la que toda clase de objetos volaban por los aires. Mary era una buena mujer, pero sus críticos preferían cebarse en sus excentricidades —su hábito de comprar cosas caras, tanto para sí misma como para la Casa Blanca, y su temperamento celoso y explosivo—, en lugar de alabar sus buenas obras hacia los soldados o su absoluta lealtad a su marido, a la libertad y a la Unión. Y las exigencias de la guerra habían sido tan grandes que el presidente pasaba cada vez menos tiempo con ella.

Lincoln sabía que debía cambiar ese estado de cosas. Quería hablar con Mary sobre su futuro. La acompañó al carruaje abierto y antes de que el cochero arrancara, ella le preguntó si alguien les iba a acompañar en el paseo.

—No —contestó él—. Hoy prefiero que vayamos solos.

La alegría de Lincoln era irrefrenable. Mary Lincoln ya la había notado en su reciente crucero por el río. «En el Potomac estaba contento como un niño y me recordó su carácter de antes, lo que siempre he recordado de él, cuando estábamos en nuestra casa, libres de preocupaciones y rodeados por aquellos a los que tanto amaba y que le idolatraban.»

42 La caza del asesino

Ahora, durante su paseo en carruaje vespertino, Mary le habló sobre lo feliz que parecía.

—Querido marido, casi me asombra tu gran alegría.

—Es que estoy muy contento, Mary —contestó el presidente—. Considero que *hoy* la guerra ha llegado a su fin.

—*Ambos* debemos estar más alegres en el futuro. Entre la guerra y la pérdida de nuestro querido Willie, los dos hemos sido muy desgraciados.

Durante su tranquilo paseo, que les llevó, entre otros sitios, al Arsenal de la Armada cerca de Capitol Hill,* donde inspeccionaron un *ironclad* (barco blindado), el monitor *Montauk*, el presidente le dijo a su mujer que debían intentar volver a ser felices. Que le gustaría ver el Océano Pacífico. Que quizás al finalizar su segundo mandato podrían mudarse a Chicago, donde él volvería a practicar su oficio. Liberado de las vejaciones de la guerra y la muerte —no volvería a enviar ejércitos de hombres jóvenes a la batalla—, Lincoln soñaba con el futuro. Sí, serían felices de nuevo. Más adelante, Mary recordó: «Nunca lo vi más absolutamente feliz que el viernes. Estaba casi juguetón».

En el parque Lafayette, cerca de la Casa Blanca, el mayor Henry Rathbone y su prometida, Clara Harris, esperaban a sus anfitriones en la residencia del senador Harris, en la confluencia de las calles Decimoquinta y H. Los Lincoln habían prometido recogerles de camino al teatro, pero ya llegaban casi veinte minutos tarde. El mayor y la señorita Harris esperaban que el presidente no se hubiera olvidado de ellos. Entonces, cerca de las 20.20, apareció el carruaje. La popular pareja de jóvenes, aunque conocidos de los Lincoln, no fueron su primera elección. Después de que los Grant cambiaran sus planes, los Lincoln invitaron a varias personas a que se les uniesen en su visita al teatro, pero todas rechazaron. Finalmente, se decidieron por Rathbone y Harris, quienes, ignorando cuántos habían declinado la invitación antes que ellos, aceptaron encantados. Las dos parejas conversaron alegremente durante en el trayecto de diez minutos hasta el teatro, recordó la señorita Harris, en espíritu de una semana feliz y de celebraciones: «Llegaron a nuestra puerta del mejor humor y seguimos charlando durante todo el camino». En el Ford, la gerencia decidió no esperar al grupo del presidente para abrir el telón y la función empezó sin ellos.

El doctor Charles Leale también iba retrasado. «Después de terminar mis deberes diarios en el hospital, le dije al director de mi pabellón que me ausen-

* Barrio residencial, uno de los más antiguos de Washington, situado al este del edificio del Capitolio. (*N. del t.*)

Tuve este extraño sueño de nuevo anoche 43

taría durante unas pocas horas [...]. Me vestí con ropa de civil y fui corriendo al Teatro Ford.» Leale esperaba estar a tiempo de comprar una buena localidad. «Llegué al teatro tarde, a las 20.15, y pedí una butaca en los palcos desde donde pudiera ver a los ocupantes del palco presidencial [...]. Como la sala estaba llena, la última butaca libre estaba en la platea. Fue una gran desilusión, pero acepté esa localidad, que estaba cerca del escenario en el mismo lado y a unos doce metros del palco del presidente.»

Finalmente, el empleado del Ford que vigilaba la entrada vio doblar la esquina de la calle Décima al gran carruaje negro. El coche redujo la velocidad y se detuvo junto a la plataforma elevada de madera frente al teatro que se había construido especialmente para ayudar a que los espectadores que venían en carruaje pudieran entrar y salir de sus vehículos sin tener que pisar el barro de la calle. Los Lincoln, Rathbone y Harris bajaron y el ujier les escoltó a través del vestíbulo, la escalera de caracol y pasillo de platea hasta sus localidades. La entrada de Abraham Lincoln en el Teatro Ford a las 20.30 del 14 de abril de 1865 fue majestuosa en su simplicidad. Llegó sin séquito alguno, sin guardias armados y sin que se hiciera ningún anuncio al público.

Antes de que el grupo del presidente llegara al palco, los actores, músicos y espectadores se dieron cuenta de que los Lincoln habían llegado. El público gritó y jaleó. Los actores interrumpieron la representación. El director de la orquesta, William Withers, estaba deseando dirigir a sus intérpretes en una canción patriótica especial, «Honor a nuestros soldados», que había compuesto especialmente para la ocasión. Eso vendría después. Ahora, dirigió a su orquesta en una emocionante interpretación de «Hail to the Chief». El público se volvió loco de emoción.

Charles Leale llegó a tiempo de presenciarlo todo: «Muchos entre el público se pusieron en pie llevados por el entusiasmo y vociferaban gritos de júbilo mientras miraban en derredor». Leale también se levantó y vio a Abraham Lincoln en pie cerca de él. «Al girarme vi en el pasillo, a poca distancia tras de mí, al presidente Lincoln, al mayor Rathbone y a la señorita Harris. La señora Lincoln sonreía henchida de felicidad ante aquel leal recibimiento, hizo varias graciosas reverencias y parecía rebosar gratitud y alegría.» Pero era al presidente a quien Leale quería ver. «Tuve la oportunidad de ver perfectamente la cara del presidente, pues la luz la iluminaba directamente. Después de caminar unos pocos pasos se detuvo unos instantes, miró al pueblo que amaba y aceptó su saludo con una solemne reverencia.»

En el momento supremo de la victoria jaleaban a su Padre Abraham, al hombre que, tras un comienzo accidentado en el cargo, había aprendido a dirigir ejércitos, había crecido en visión de futuro y elocuencia, había acabado

44 La caza del asesino

con la esclavitud y quien, tan sólo seis semanas antes, había pronunciado el discurso inaugural más elegante y emotivo de la historia de la presidencia de Estados Unidos. Aclamaban a un hombre que, como había prometido, había salvado a la Unión. Lincoln se puso en pie en su palco e hizo una reverencia a los espectadores del teatro.

El homenaje espontáneo, la orquesta, el siseo de las luces de gas, el teatro repleto, el tenue olor fresco y húmedo de la primavera en el aire, las recientes buenas noticias del frente... todo se combinó para crear un momento mágico. «El presidente», recordó Clara Harris, «fue recibido con el mayor entusiasmo».

James Ferguson no estaba tan impresionado. Había visto a Lincoln antes. ¿Dónde estaba el hombre que Harry Ford le había prometido que estaría allí, el hombre al que había acudido a ver? «Supuse que probablemente Grant se había quedado fuera para no crear alboroto en el teatro, que entraría solo más tarde y que iría directamente al palco.» Ferguson tenía tantas ganas de ver al general que, durante la siguiente hora y media, pasó tanto tiempo mirando el palco del presidente como viendo lo que sucedía sobre el escenario. «Me propuse verle como fuera [...], así que me fijé en todo el mundo que pasaba por esa parte del pasillo de platea hacia el palco.» Nadie, se prometió a sí mismo, iba a entrar a ese palco sin que él lo viera.